

ESTADO NACIONAL Y DEMOCRACIA EN TIEMPOS DE GLOBALIZACIÓN: LOS DESAFÍOS PARA CHILE Y AMÉRICA LATINA

Manuel Antonio Garretón

Sin ningún afán de originalidad, cuando hoy hablamos de globalización, en lo que se ha llamado la segunda o tercera globalización, nos estamos refiriendo, por un lado, y fundamentalmente, al fenómeno de penetración o interpenetración (sic) de mercados, a través de sociedades, especialmente de tipo financiero, y, por otro, de comunicación e información. La globalización es un fenómeno básicamente económico, pero es también un fenómeno comunicacional. Ahora bien, ¿esto qué significa? Significa que la diferencia con otras globalizaciones de otras épocas, a lo cual otros se han referido, es que las anteriores fueron hechas en forma de internacionalización. O sea, coincidieron de alguna manera con la construcción de Estados nacionales o de Estados coloniales, pero en las cuales los actores eran los Estados.

Lo propio de esta globalización es que hay internacionalización, por supuesto, y se mantiene esta dimensión pero, a la vez, existen fenómenos de interpenetración en las sociedades que sobrepasan los Estados y que, curiosamente, tienen un doble efecto, tanto económico como comunicacional. Por una parte, debilita la capacidad organizadora, redistributiva o cohesionadora de los Estados. Por otra, fortalece su papel como interlocutores de la globalización. De hecho, por ejemplo, si hay que fir-

mar tratados de libre comercio son los Estados quienes los firman. Y eso supone entonces Estados que tengan que ser de algún modo representativos y legítimos, por lo que, por esa vía, la globalización aparece entonces fortaleciendo a los Estados; pero, por otro lado, aparece debilitándolos, porque los priva de poder tomar una serie de decisiones que antes les eran propias. Y ese es, a mi juicio, el problema fundamental.

Porque la humanidad en los últimos 200 años se organizó a través de lo que se llamó sociedad o sociedad-polis, sociedades de Estado Nacional, es decir, espacios territoriales donde se correspondían, aunque fuera en forma de tensiones, economía, política, cultura y sociedad, con un centro de toma de decisiones que era el Estado. Se podía estar más desarrollado o menos desarrollado, pero ésa era la forma referencial de organización para la humanidad. Y la globalización lo que hace es, sin proponer otra forma de organización, desestructurar esta que conocíamos: la de los Estados Nacionales, al tiempo que fortalece su legitimidad como interlocutores en el mismo proceso de globalización. Esa es la paradoja del fenómeno globalizador. Debilita, desestructura los Estados, y también los deja, de algún modo, como interlocutores fundamentales para negociar la entrada a la globalización de las diversas sociedades.

Las características particulares de la globalización realmente existente, que no son intrínsecas a ella, pero de las cuales ha estado acompañada, son al menos tres.

La primera es la transformación de los sistemas productivos, el paso de sociedades propiamente industriales a lo que se llama sociedades informacionales, del conocimiento o sociedades redes, en las cuales no se abandona la sociedad industrial, pero se la combina con otras formas productivas que tienen que ver con la informatización, con la expansión de la economía de servicio y con ramas nuevas como la biotecnología y la informática misma. Es decir, el paso del trabajo como despliegue de energía al

trabajo como despliegue de información y conocimiento, sin que eso suponga que una cosa signifique la otra.

Junto con este cambio en los sistemas productivos, la globalización, tal cual la conocemos hoy, va acompañada de una cierta ideología, vale decir, ha sido orientada por una ideología. Globalización no es sinónimo de neoliberalismo, pero no conocemos en el mundo de hoy ninguna que no sea neoliberal, y el neoliberalismo implica la concepción de que la sociedad es un mercado y, por lo tanto, todas las formas de acción, colectivas e individuales, pueden ser reducidas a los mecanismos de mercado. En eso consiste, básicamente, el neoliberalismo.

Y la tercera característica de la globalización actual es que se da junto con internacionalización y, además, con imperialismo. Es decir, se trata de globalización más imperialismo, no es pura globalización, ni significa el clásico fenómeno del imperialismo. La globalización de los años 50 era, si se quiere, bipolar, o biimperial. La que conocemos hoy no es separable históricamente, aunque conceptualmente sea posible, del fenómeno del imperio, del fenómeno imperial, de la hegemonía de Estados Unidos.

Ahora bien, esta globalización, tanto conceptual como históricamente definida a través de estas características, ¿qué efectos fundamentales tiene? Su principal secuela es la desestructuración de las sociedades propias del Estado Nacional y de las formas clásicas de acción colectiva. Y es precisamente la política, una de las formas básicas de acción colectiva, cimiento de las sociedades industriales del Estado Nacional, la afectada por la globalización.

De este modo, lo que hace la globalización es afectar la importancia, la calidad, la centralidad de la política a nivel de las sociedades. ¿Qué es lo que era la política, sobre todo en sociedades que fueron construidas desde el Estado-Nación y no desde la sociedad, como las europeas o la norteamericana? Era bá-

sicamente, por un lado, la vía de acceso al Estado, a lo que el Estado proveía como bienes y servicios de la vida moderna; pero, por otro, era también fuente de sentido y de referencia de la acción colectiva. La política era, para nuestra generación, la identidad que establecía Neruda, por ejemplo, entre el cuerpo de la amada y América como espacio para la tarea emancipadora. Es decir, la amalgama entre subjetividad e historia colectiva, entre la biografía individual, la pequeña historia, y la gran historia, pero en donde mandaba esta última y, además, la épica de la acción colectiva. Rige la historia colectiva, la historia de la sociedad, opera sobre las vidas individuales las que, de algún modo, definen su subjetividad a partir de los grandes proyectos históricos o ideológicos. Este sentido de la política cambia con la globalización y la desestructuración de los Estados.

La política sigue siendo lo que se relaciona con el gobierno, pero deja de ser, en primer lugar, la vía principal o única de acceso a los bienes y servicios que la sociedad ofrece, porque el Estado ya no garantiza tantas cosas, salvo a ciertos sectores. Y, en segundo lugar, deja de ser la única fuente o la fuente de sentido principal para las subjetividades, para lo que es la construcción de una sociedad.

Las preguntas que uno se hace son: ¿Qué pasa hacia el futuro? ¿Cómo se van a globalizar las sociedades? ¿Cómo se van a insertar en el mundo globalizado? Y aquí plantearía una hipótesis: la continuidad de lo actual. Una segunda presunción es que cada Estado-Nación se inserte por sí mismo y la ilusión de que se puedan insertar aisladamente en la globalización otros. Ilusión, porque, salvo el caso de China, que es un quinto de la humanidad, ningún otro país podrá globalizarse solo. El tercer supuesto es que se dé la inserción a través de grandes bloques, como está ocurriendo fundamentalmente en Europa. El gran tema europeo en estos días es la Constitución Europea, lección importante para un país como el nuestro que todavía no tiene

una Constitución democrática. Pero allá sí parecen preocuparse de cómo se constituyen como sociedad y eso es el concepto de Constitución.

Estamos en presencia entonces de una emergencia contradictoria, compleja, desigual, de otro tipo de polis, de un proceso de construcción de una nueva forma de soberanía. Y esa es, diría, la tarea central, fundamental, de América Latina. ¿Y por qué central, fundamental? Porque en la construcción de bloques, lo que queda claro también es que éstos no se constituyen a partir de individuos, se constituyen a partir de Estados Nacionales. Y entonces eso implica la necesidad de reconstruir la polis nacional, de reconstruir las relaciones entre Estado y sociedad, esta última desestructurada por los procesos de globalización y, por supuesto, por las políticas neoliberales.

En América Latina pareciera haber en juego varios modelos de reconstrucción de la polis, de recomposición de las relaciones entre Estado y sociedad, como formas de respuesta a la globalización, a partir de un hecho fundamental. Por primera vez en nuestra historia esto se hace prácticamente en todas partes desde regímenes democráticos. Uno de ellos es el modelo de la hipermovilización política, de la permanente movilización política, a través de ciertas formas de caudillismo ahí donde se han destruido las organizaciones políticas de mediación, lo que pareciera ser el caso venezolano. Un segundo modelo es el étnico, que identifica el "nosotros" de una particularidad con el conjunto de la nación. Un tercer modelo es el chileno y uruguayo, donde la sociedad se reconstruye a través del sistema de partidos. Un cuarto es el tecnocrático, estilo Banco Mundial, donde lo que importa es la eficiencia del Estado en el desarrollo de políticas públicas que complementen el mercado como agente principal de desarrollo. Por último, está lo que podríamos llamar el modelo alter-mundialista que se expresa en las proposiciones del Foro Social de Porto Alegre.

No hay tiempo para analizar los defectos y problemas que cada uno de estos modelos presenta, en el entendido de que en la mayor cantidad de casos se combinan aspectos de unos y otros. Pero señalaremos dos cuestiones como conclusión fundamental, que me parecen importantes cuando hablamos de este tema en relación con la democracia.

La teoría democrática fue pensada para sociedades de Estado Nacional y no para otra cosa. Entonces, ¿qué ocurre cuando a la polis se le sustraen decisiones relevantes y se entregan a los poderes fácticos globalizados? Porque la democracia no es otra cosa que un espacio territorial donde una población convertida en ciudadanos toma decisiones relevantes sobre su destino, a través, pero no exclusivamente, de sus representantes elegidos en el Estado. ¿Qué pasa cuando se le quita a esa polis la capacidad de decidir sobre un conjunto de cosas relevantes y significativas? La política, la democracia, quedan casi sin contenido sobre el cual aplicar la ciudadanía. Entonces éste es el primer problema: ¿cómo se le da contenido a la democracia cuando muchas de las decisiones que correspondían a la ciudadanía, al Estado, a la polis, ya no las toman las democracias nacionales?

La segunda conclusión a señalar es que si queremos buscar algún contenido para un proyecto de reconstrucción de los Estados-Nación, hay que apuntar básicamente a tres dimensiones.

Una de ellas, la dimensión ética, aquel conjunto de valores que, en sociedades que vivieron crímenes y genocidios como las nuestras, no puede ser sino la restauración de la justicia, el fin de la impunidad y la centralidad de los derechos humanos y que, al mismo tiempo, sea respetuosa de las diversidades.

Una segunda dimensión es la socioeconómica, que consiste fundamentalmente en hacer de dos, tres o cuatro países que hay dentro de cada uno, uno solo o una comunidad socioeconómica. Ello implica básicamente el tema de la igualdad, y éste implica el de la redistribución, y éste, a su vez, exige el fortaleci-

miento y legitimación de los Estados, los únicos que pueden generar redistribución, lo que no significa otra cosa que sacarles a unos para pasarles a otros.

La tercera dimensión es la propiamente política, y esa nos toca particularmente a un país como nosotros, porque nos falta una Constitución que exprese nuestro consenso básico como comunidad política. Pero lo político, además, tiene actualmente, en 2004, tres niveles de construcción de la polis democrática, es decir, de espacio de toma de decisiones: el local y regional, el nacional-estatal y el supra nacional, que comienza por el espacio o bloque latinoamericano.